



LA DÉCADA DEL «TU MISMO»

Alicia MIYARES

Hablar de la década de los ochenta y juventud facilita las cosas en cuanto a atribuciones, pues ambas han pasado a designar la vida fácil y la comodidad. En términos sociales se puede tener la percepción de que en la década de los ochenta todo parecía brotar espontáneamente y sólo la astucia individual, la rapidez en el uso de los estímulos, la transgresión de la norma, marcaba las diferencias sociales. De los jóvenes se podía decir que eran la primera generación bien alimentada, bien educada y sin demasiados traumas o problemas generacionales con sus mayores. Sin embargo, a la hora de analizar la década de los ochenta bajo los parámetros políticos, culturales y profesionales, el castillo de naipes de la facilidad y comodidad se desvanece. Por otra parte, la juventud del «boom del desarrollismo», si atiende a la clave política, cultural y profesional tiene la sensación de llegar tarde a todo.

La clave política

En términos políticos, la herencia de la dictadura franquista enturbió la idea de autoridad. En la transición y en la década de los ochenta producía cierta turbación y temor vincular la autoridad al poder polí-

tico, a pesar de que éste fuera legítimamente obtenido por las urnas y a pesar de que las mayorías democráticas no funcionan de la manera absoluta que lo hacen en los regímenes totalitarios. Y esa prevención la hereda el gobierno socialista que por mayoría absoluta accede al poder. La victoria electoral del 82 se tradujo como una victoria de los ideales democráticos. Supuso la ruptura abierta con el periodo anterior. De alguna manera accedía al poder la generación que había luchado contra la dictadura franquista. Se esperaba de los socialistas una manera de hacer distinta a la transición y al gobierno de UCD. Su juventud debía ser capaz de configurar cómo debía ser la España del 2000; en definitiva, modernizar España. No eran sospechosos de afinidades con el viejo e hirsuto poder. Sus rasgos definitorios no estaban basados en la jerarquía, antes bien, la fuerza del partido descansaba en una sólida raigambre de ámbito igualitarista que, por definición, no excluía a nadie y exigía la participación de todos. En definitiva, la latente amenaza del autoritarismo militar debía ser combatida por el nuevo poder democrático.

Pero los años ochenta fueron fiel reflejo de la confusión, propia de un país que sale de una dictadura, entre autoridad legítima (*auctoritas*) y autoritarismo. En la década de los ochenta la autoridad política estaba puesta en entredicho, difícilmente se le concedía y reconocía al gobierno capacidad de influencia. Antes bien, autoridad, y era dado por bueno y natural la que imponían las calles en el sentido cultural, los mercados económicos en el sentido político, los empresarios y sindicatos en el sentido social. Llegamos, así pues, a uno de los espejismos mayores de los años ochenta en cuanto al uso y reconocimiento de la autoridad, pero ésta parecía fluctuante, obligada, en definitiva, por unos gráficos que siempre quebraban en algún punto. Los empresarios y sindicatos imponían su autoridad dentro de la norma social, común y admitida, de la «discordia universal». Las calles imponían la autoridad cultural porque, cómo no, se suponía expresaban la libertad del genio creador. El hecho de que reinaran varios modelos de autoridad condujo, por un lado, a la anomia de la ciudadanía y, por otro lado, limitó la capacidad de actuación normativa del Gobierno. El papel del Gobierno debía consistir en buscar canal y salida a la megalomanía ambiente frente a la infravaloración sufrida en el régimen franquista. El principio del Estado como gestor fue una idea muy del gusto de todos. Una idea que, en definitiva, noqueaba al Gobierno, a cualquier gobierno, para ejercer su autoridad.

Sin posibilidad para apelar a la autoridad, la mayoría parlamentaria del Gobierno socialista se tradujo inmediatamente como poder (*potestas*), no en vano se acuñaron las expresiones «rodillo socialista» o «prepotencia socialista». En definitiva, con estas expresiones se quería significar una imposición parlamentaria no aceptada, no respetada y no reconocida. La acusación de antidemócratas gravitaba sobre el Gobierno si ponía en ejercicio la mayoría parlamentaria. La impresión de

una política descafeinada estaba adobada, así pues, por la imagen de un parlamento secuestrado, una oposición inexistente, un dejar hacer que denotaba que el poder se dirimía en otras partes. Todo ello confabulado con una ciudadanía no preparada, ni política ni cívicamente, para grandes saltos dejó inoperante la posibilidad de hacer ejercer esa mayoría y exigirle políticas más progresistas.

Ante esa situación al grupo político que ostentaba el poder le quedaba muy poco margen de acción: retomar a la exaltación de ideales morales. Los principios políticos fueron cambiados por una máxima moral. Los valores de la libertad y la igualdad se convirtieron en una épica para iniciados en la clandestinidad, la cárcel y las manifestaciones. Dejaron de hacerse explícitos en la práctica política con lo cual la *auctoritas* quedó definitivamente desdibujada y anulada. Dicho de otra manera, frente a la autoridad de los mercados, del dinero fácil, frente al ascenso social cuyo límite en los ochenta fue la *beautiful people*, frente a la astucia individual que produjo pícaros en masa, la gran máxima moral del socialismo en los ochenta fue «Los cien años de honradez». Con esta apelación se pretendía conjurar la posibilidad de que algún socialista formara parte también del optimismo anómico que fueron los ochenta. Fue un intento de marcar las diferencias frente a la acusación creciente de la pérdida de valores.

Pero la apelación a una máxima moral en su estado puro, por parte de un grupo político, no deja de producir resultados contrarios a los deseados. Si los principios rectores de una política progresista, como lo son la libertad y la igualdad, se eluden de la argumentación política se va directamente a la indiferenciación de estos principios, al uso indiscriminado que no querrá reconocer las diferencias ideológicas, a la sensación por parte de la ciudadanía de que no han sido bienes obtenidos, sino que son el punto de partida de cualquier política, sea del signo político que sea. La apelación a una máxima moral, que por definición excluye un posicionamiento ideológico, tiene el efecto de un bumerán para los grupos políticos. Basta con que surja un individuo de las propias filas que no se ajuste a esta máxima para que todo el edificio se resienta. El peso de los ideales morales es así de exigente. Ahí tenemos el ojo de la aguja, el camello y el rico que, traducidos a la dimensión pública, significarían más o menos que miles de ojos vigilarán al político, mientras el ciudadano anónimo ha de ser vigilante de si mismo, si así lo quisiere.

La generación del «desarrollismo»

* La década de los ochenta se presentaba en el horizonte como el punto de inflexión donde los jóvenes nacidos en los sesenta se deberían desprender de los rasgos adolescentes para convertirse en adultos. Se podría decir que para toda una generación el transcurrir de la dé-

cada debía fraguar y consolidar la imagen política, cultural y profesional que, en cierto sentido, determina el ser cívico potencial que uno puede llegar a ser. Ya no era que pudiéramos sacar el carnet de conducir, o que pudiéramos votar, o que por fin, de alguna manera, nos viéramos libres de negociar las horas de entrada en la casa por la noche. Era que iniciábamos la década jóvenes y deberíamos terminarla como adultos. Acometíamos, así pues, los ochenta con un optimismo inusitado que estaba más allá de la propia efervescencia social que latía en aquellos años. Pero la cristalización de estereotipos no nos dejó exentos de la sospecha y la suspicacia. Y se nos colgó la etiqueta de la «generación del desarrollismo».

En términos políticos la generación del «desarrollismo», los jóvenes nacidos en los sesenta, parte ya de salida con una designación que se ha convertido en peyorativa. Si en clave política decimos de alguien que pertenece a la generación «sesentaiochista» y de otro alguien que pertenece a la generación del «desarrollismo», por arte de birlibirloque de las teorías generacionales, nos encontramos que al primero se le atribuirán todos los valores revolucionarios de la libertad y la igualdad en su máxima expresión, aunque hubiera sido un reaccionario barbilampiño, y al segundo se le atribuirán todos los melindres ególatras que producen la comodidad y la ausencia total de pasión política, aunque fuera un ser probado de responsabilidad y compromiso.

Quien más y quien menos en los ochenta ejerció de pasota, del «paso de tí» al «paso de política». Con el transcurrir de la década esta última expresión ha tenido más pervivencia. Para muchos jóvenes se ha reconvertido en nuestros días en «no entiendo de política», «no me interesa la política». El pasotismo de los jóvenes ha sido en política la marca de los ochenta. ¿A qué se debe esta actitud? En primer lugar y de manera general creo que todas las democracias generan por sí mismas un desinterés de los jóvenes por la política. Esta, de alguna manera, se desarrolla en espacios inaccesibles a la juventud o, dicho de otro modo, los centros de poder no son por definición jóvenes. El poder sucede en otro mundo ajeno a su mundo, si es que se puede totalizar de esta manera.

Lo que a los jóvenes les llega de las relaciones de poder es el poder mediatizado, relatado como oropel o desgaste, los casos individuales que siempre servirán de contraargumento para asumir la responsabilidad política, la universalización de los usos democráticos. La idea de Pacto en general puede resultar revulsiva para la juventud, porque analizada bajo el prisma de la idealización política, de la exaltación moral, no supera el envite. Mantener, así pues, una actitud pasota ante ese poder o poderes es mantener la independencia de criterio, la libertad y si se quiere la pureza de los ideales no contaminados con los poderes que, ya se sabe, lo corrompen a uno. En definitiva, la creencia arraigada de que los valores no tienen cabida en la acción política. De

nuevo la valoración moral llevada a su extremo impide la acción política, pues la ocurrencia de las cosas siempre indefectiblemente será menos perfecta que la idealización que tengamos. Todo lo anterior unido a la anomia política, producto de la carencia de educación cívica, hace que de alguna manera el votante joven se convierta en indiferente o fluctuante con respecto a sus ideas políticas y quién lo debe representar.

Lo dicho es una consideración general que bien puede explicar cómo reacciona «lo joven» frente a la política, independientemente de la generación de que se trate. Sin embargo, para los que éramos jóvenes en la década de los ochenta operaba una situación más específica que nos lanzó a la encrucijada de dos herencias políticas de las que nos veíamos excluidos. Primero, la herencia franquista que no añorábamos en absoluto; segundo, la herencia de lucha contra la dictadura que, aunque a nivel teórico compartiéramos, se transmitió en un relato de vivencia tal que nos hacía sentirnos intrusos, todo los más oyentes de relatos heroicos. Esta encrucijada política se dejó sentir de manera notable en los jóvenes de izquierda. Digamos que de partida los ideales de libertad y de igualdad, y la necesidad de su ocurrencia en la práctica democrática, les libraban de una actitud pasota ante la política. Sin embargo, esto no fue así y directamente se fueron a las filas del pasotismo, en este caso por sentirse «revolucionarios de herencia».

En los años ochenta la generación gobernante transmitió su relato, pero lo convirtió en una épica. Era común que al haber formado parte de las células de los partidos que operaban en la clandestinidad, el haber escondido panfletos en casa, el haber pasado horas, días o meses en la cárcel, el haber encabezado manifestaciones se convirtiera en el mejor carnet de un socialista o comunista. A la larga se tenía la impresión, o nosotros los más jóvenes la teníamos, de que todos habían estado en París. Esto hacía de ellos unos históricos frente a la oleada de nuevos votantes de izquierda que despertaron en la democracia del letargo de la dictadura. Nada tengo contra la historia mientras no se convierta en una épica. El problema es que a los más jóvenes los años oscuros y de lucha contra la dictadura se nos transmitieron por la vía de un relato emocional al que sólo se llegaba por vivencia directa. Parecía que para entender el significado profundo de la libertad y la igualdad había que sufrir la prueba de fuego de estar en las barricadas. La profunda batalla de deslegitimación moral de la dictadura llevada a cabo por la generación «sesentaiochista» y próximos a ella nos llegó a nosotros, los damnificados del «desarrollismo», en clave heroica.

Todos parecían héroes que algo se habían jugado pero que habían ganado, como algo que a nosotros siempre nos iba a faltar y que de alguna manera comportaba que no pudiéramos entender ciertas cosas. Sin continuidad para compartir esa memoria nos convertimos en «revolucionarios de herencia», siempre renqueantes y ansiando poder te-

ner nuestros momentos estelares. Y los tuvimos, fueron dos: uno de fijación de la democracia y otro de distanciamiento con los planteamientos políticos. Pero sabemos que ninguno de ellos se podrá convertir en una batalla librada y vencida, nunca será una épica, ni siquiera historia, sólo vivencia.

El primero se produjo el «23 F», mientras el Congreso estaba prisionero de la involución. Por una noche pensamos que habría que luchar, relato no nos faltaba para imaginarnos cómo podíamos pasar a la acción. En definitiva, exaltación de los ideales que a la mañana siguiente se convirtió en vivencia de la tranquilidad y de que la democracia había ganado. El segundo momento fue el referéndum de la OTAN. Su inmediata traducción fue de lucha contra el poder. Nuestros ensayos previos manifestándonos en contra de la selectividad podían tener un objetivo más universalizable. Ya no eran batallas propias de estudiantes. Podríamos ser el motor de un *No* que afectaba a toda la población. Un momento histórico para España. Y perdimos. Nos convertimos en pasotas. Fácil lo teníamos, no en vano fue la década del «tú mismo».

La clave cultural

El «tú mismo» definió los parámetros culturales de la España de los ochenta y muchos «tú mismo» dieron paso a «la Movida». A «la Movida» se la dotó de contenido estético. Parecía creativa, urbana y de barriada, innovadora, cuando no una fuente segura de ascenso en la escala social. Pero también la movida sirvió de contrapunto. En una incipiente democracia donde los valores de la época de la dictadura debían ser lógicamente periclitados, donde la idea de autoridad era revulsiva para el común de la ciudadanía por las connotaciones que tenía, la explosión de anomia que fue «la movida» tendió puentes para trazar los límites del orden social, de cuál debía de ser la presentación en público de la ciudadanía. El orden ya no debía de ser ese orden jerárquico de verde oliva y negro, pero tampoco podía ser el estruendo en vatios y clanes de «la raya blanca» desacralizando hasta el exceso todo lo anterior. La familia, por un lado, quedó desmembrada en su jerarquía: todos eran «tíos», o el «viejo» o la «vieja», ya se sabe, fuera del mundo y, por lo tanto, sin capacidad para interferir en él. La vinculación política quedó en entredicho, no en vano todos éramos «coleguis».

«La Movida» fue una exaltación del «tú mismo» que en el fondo apelaba a la permisividad frente a la rigidez normativa del periodo anterior. ¿Por qué se produce? La generación gobernante de los ochenta había llevado a cabo una profunda batalla de deslegitimación moral de la dictadura que, sin embargo, no podía tener continuidad en las generaciones más jóvenes. La permisividad fue la manera de trazar puentes

entre generaciones que difícilmente podían compartir el mismo relato político. Se dio, así pues, en el terreno cultural y dejó a su paso una dosis profunda de individualismo.

La cruda realidad es que «la Movida» sirvió de maquillaje para disimular la inmersión profunda de la juventud en las drogas. Eso sí, dejando a su paso unos hábitos sociales y unas valoraciones muy curiosas y contradictorias. Todos nos mirábamos a los ojos, intentando medir en la excitación, gestualización y palabras del interlocutor el grado de *coloque* que llevaba. Del escritor se decía que encontraba su inspiración en volutas de hachís, del columnista que agotaría su material e ideas si no fuera por unas benéficas pastillas, de los músicos que *flipaban* con sus ácidos, de los políticos que para resistir los envites parlamentarios se llevaban a la nariz un polvillo blanco. El mundo cultural en sí era una droga, pero influía de manera activa y positiva para el genio. El dinero y la fama operaban como dosificadores, impedían lo *cutre*. Lo *cutre* quedaban para los jóvenes que sin voluntad, sin fama y sin dinero pasaron anónimamente del *porro* al *caballo*. Del poder se decía que era una droga. El político perdía el sentido de la realidad, *flipando* con el coche oficial, *alucinando* con su nuevo status social, *ciego* de soberbia y prepotencia. El poder era una droga que influía de manera negativa. Corrompía todo lo que tocaba. Y mientras los jóvenes se quejaban amargamente de un poder que te condenaba por traficante con tres *talegos* en el bolso de la *chupa*.

Del Gobierno se exigía su no interferencia o dirigismo, pero sí su apoyo que se tradujo en la política de subvenciones. Parte de ese apoyo se fue en ingenios culturales que nunca llegaron a realizarse, en patronatos para uso y disfrute de sus miembros que mediante simulacros lograban incrementar un plus para su sueldo, en fundaciones que se sabía que harían cualquier cosa menos renovarse, en individualidades que prometían pero se quedaron en la percepción anual de la subvención. Una política cultural apenas planificada que expendía dinero a todo lo que llevara el atributo cultura. Los primeros «lobbies» democráticos de este país fueron los culturales y se gestionaron en los años ochenta. Sin embargo, esta política de subvenciones que necesariamente tuvo que sucumbir a los padrinos culturales, que hubo muchos, al brillo y prez académica, al anquilosamiento cultural, promovió también la diversificación y la pluralidad de la oferta cultural. Y así hemos de entresacar lo bueno de lo malo.

En cuanto a la emergencia social nos las tuvimos que ver con el individualismo del *Pícaro* que, azuzado y ensalzado por los medios de comunicación, producía hilaridad, pero en el terreno de los negocios despertaba nuestros instintos más groseros de cómo ser rico siendo un perfecto analfabeto. En las calles el rey fue el *chorizo*, categoría menor del delincuente, que operaba en nuestro hipotálamo conduciéndonos a un extraño sistema de preferencias: mejor el susto del tirón o la

navaja cosquilleando en nuestro estomago. A fin de cuentas sólo teníamos que tener la prevención de llevar el dinero repartido por los bolsillos. Pero quien realmente nos tuvo en el bolsillo a todos fue el prototipo del *banquero*. El tipo social emergente en los ochenta estuvo profundamente connotado al dinero y su obtención, muy diferente de los tipos emergentes en los noventa —*periodistas, jueces, tertulianos, comisionados*—, vinculados a la verdad y su mostración. La primera fase de la borrachera democrática fue su exaltación, la segunda es su denostación. ¿Llegará la resaca?

La clave profesional

Ser joven. En estos momentos puedo tener la dicha de pertenecer a la generación que ve cómo la llamada juventud va ampliando su arco de edad y camina casi paralelo a los nacidos en los sesenta. Al inicio de la década de los ochenta se era joven por reales derechos: la profesión era estudiante. En los ochenta la vida estaba al servicio de tal profesión. En los noventa se puede dudar una y mil veces a la hora de rellenar el apartado profesión. Los certificados académicos dicen una cosa, pero, sin haberse ejercitado excesivamente en ello, la sensación de culpa puede impedir poner realmente lo que se es. Las sucesivas apariciones por el paro tampoco ayudan a clarificar el panorama. A decir verdad, en el paro dependes de quien te atienda y su humor, y de tu estado de ánimo que puede variar del escepticismo al optimismo. Te puedes ver convertido en «jefe de relaciones públicas», «auxiliar administrativo», o lo que ha dejado de ser novedad «animador cultural», o simplemente cualquier otra cosa para abreviar, no complicar y no tener que dar demasiadas explicaciones.

¿Pero qué ha transcurrido en esa década? ¿Qué ha sucedido desde que tomando un «bic» de punta gorda, mientras le dabas manotazos, escribías «estudiante», al ahora con un «Pilot» y la sensación de indefensión al tener que dejar espacios en blanco?

De manera general creo que la ampliación del arco de juventud retarda la maduración y la asunción de responsabilidades, amén de contribuir a la sensación de llegar tarde a todo. En estos momentos se es joven con treintaicinco años o más para acceder a determinadas subvenciones: los jóvenes emprendedores son los adultos de hace años. En la oferta de empleo el límite de juventud también oscila en torno a la treintena: con respecto al trabajador de hace unos años se da una diferencia media de casi diez años en cuanto a la incorporación al mundo laboral.

¿Cuál es el criterio de demarcación entre el joven y el adulto? Se suele argumentar en términos valorativos. La pasión, la fuerza, la ilusión, la rebeldía, las ganas de comerse el mundo suelen ser los perfiles

de la juventud. La realidad es que hoy en día se cuestionan estos valores como valores de la juventud. Esto es así porque lo que realmente opera en la definición de juventud es el grado de dependencia o independencia que un individuo tiene respecto de la familia y el trabajo. En definitiva, las causas económicas y sociales son las que motivan la ampliación y demarcación de lo joven. Socialmente el acceso a la educación superior retarda, para un sector de la juventud, la salida de los jóvenes de la casa de sus padres. La formación y el trabajo genera, en muchos casos, una extraña ecuación: a mayor dosis de formación menores perspectivas profesionales. Se produce como una cerrazón en el horizonte laboral que necesariamente tiene que pasar por aquello en lo que te formaste, tanto por parte de la demanda como de la oferta. La clave económica, por otra parte, se traduce en el mercado laboral y afecta a todos los jóvenes por igual. Si el trabajo es un bien escaso se frena la independencia. Si no trabajas no tienes, en definitiva, la posibilidad de acceder a la calidad y modo de vida de un adulto, al margen de que la importancia del trabajo, de acuerdo a nuestra ética protestante, hace que vivamos como un castigo la carencia de él.

Las consecuencias de la ampliación del arco de juventud son más bien negativas que favorables. Lo favorable es que gozamos de todas las libertades; lo negativo, que apenas tenemos expectativas. Desde una perspectiva laboral, la deflación de expectativas propicia la insatisfacción política. Se responsabiliza a los políticos, a los gobiernos de la falta de respuestas ante el paro, pero difícilmente se atacará el mercado laboral por obsoleto. La cultura ajena, en principio, a la posibilidad de reportar beneficios económicos resulta un bien secundario para los jóvenes. Profesionalmente, al margen de que algunos jóvenes hayan visto en esto de ser joven un modo de vida al que no piensan renunciar, se tiene la firme sospecha de que quizá no se llegue a los años de cotización requeridos para la jubilación. El problema, así pues, es la búsqueda de un trabajo que aporte estabilidad y éxito social.

Los funcionarios que no podemos ser

En términos educativos a nuestra generación, a caballo entre la dictadura y la democracia, le tocaron los coletazos del franquismo, sobre todo a los que estudiaron en las escuelas públicas. Pero también, en términos educativos, la muerte del dictador supuso una semana sin clase. A mediados de los setenta estrenamos el BUP que aportó una reforma de los planteamientos en la transmisión de conocimientos. De manera generalizada en los ochenta la educación se convirtió en horizontal. El saber no atemorizaba porque por regla general se extendió la impresión de que el profesor era un «colegui». La educación se universalizó, masificó y significó para nuestros progenitores y nosotros mismos que la preparación abriría las puertas de cualquier futuro, el que nos hubiéramos imaginado.

Sin embargo, ese futuro imaginado seguía pasando por las claves de un trabajo más propio del modo de vida de países menos desarrollados, que por una diversificación e imaginación propios de un Estado moderno. En definitiva, se nos educó para funcionarios. Lo mejor era no asumir riesgos. Los ochenta dejaron tras de sí una estela, el «self-made-man», «self-made-woman» que, sin educación y con astucia, alcanzaron el éxito social, o el «yuppie» que con preparación y mucha, muchísima beligerancia era el rey de los mercados. Pero a la larga esos modelos fueron denostados cuando, en realidad, lo más práctico hubiera sido grandes *masters* para prepararnos en esa vorágine de la vida moderna, sin tenerle temor a la variabilidad en el trabajo, las pasadas por el paro, y poder, así pues, admitir que la estabilidad en el trabajo es propia de Estados obsoletos. Ese es nuestro «handicap»: se nos ha educado para alcanzar el éxito social y buscar la fuente más estable de trabajo, pero este binomio no funciona. Carecemos de versatilidad laboral. Somos demandantes de empleo atemorizados porque la versatilidad laboral tampoco se produce por parte de la oferta.

Una vez que asumimos que nuestro modelo laboral no se parecerá al de nuestros mayores constatamos con horror e impotencia que la oferta, pese a que se muestre variable, mantiene criterios selectivos propios, a su vez, de un Estado obsoleto. No asume riesgos. Leyendo los requisitos para acceder a la oferta de empleo compruebas con estupefacción que siempre te falta algo. Son perfiles robot que parecen diseñados por ordenador donde tu curriculum hará «pif», «pif», porque no encaja en la selección. La diversificación laboral está tremendamente limitada por la «expertise», «ser experto en...», «entendido en...», «licenciado en...», «técnico de...», «experiencia en...», o lo más subjetivo de «buena presencia...», «facilidad de palabra...», «emprendedor...», «gusto por los viajes...», «carnet de conducir...» y una larga panoplia de cualidades y valores que impiden el paso de la potencia al acto. Y así, devanando nuestro tiempo corremos el riesgo de convertirnos en escépticos de la política, la cultura y el trabajo.